

## § 158

**Bajada a los infiernos y Resurrección de Cristo**

1. “*El sentido del dolor de Cristo es la Resurrección, ya que después de la Resurrección ya no morirá más y la muerte ya no tiene poder sobre El.*” (Orígenes, citado por Hans Urs von Balthasar, *Orígenes. Geist und Feuer*, 1938, 208.) Cristo fué radicalmente vida; fué la Vida; murió porque quiso; pero por eso la muerte no perdió para El nada de la terribilidad; al contrario: Cristo pudo probar los horrores de la muerte como nadie; porque la muerte era algo totalmente ajeno a su esencia más íntima, porque El no existía a la manera de los muertos, porque la muerte no estaba en El como está en todos los demás, consumiendo su fuerza vital. Aunque consumó la muerte, no podía permanecer en ella. Murió su amarga muerte para despojar a la muerte de su poder; fué a la muerte para superarla, y señal de esa victoria sobre la muerte fué la Resurrección, que es la expresión del hecho de que Cristo no fué víctima de la muerte, de que tenía poder para entregar su vida y tomarla de nuevo. En la Resurrección se hizo patente lo que siempre fué; en ella se reveló que El era la vida.

Al morir Cristo el Logos no se separó ni del cuerpo ni del alma, sino que ambos continuaron asumidos en la existencia del Hijo de Dios. El cuerpo, que permaneció unido a la existencia del Hijo de Dios, fué colocado en el sepulcro (*Mc.* 15, 42-47; *Mt.* 27, 57-61; *Lc.* 23, 50-56; *Io.* 19, 38-42).

2. *El alma de Cristo descendió, después de la muerte, a los infiernos.* Dogma de fe (Símbolos desde el siglo IV; IV Concilio de Letrán, D. 429; Sínodo de Sens, del año 1140, D. 385).

a) Cristo “murió en la carne, pero volvió a la vida por el Espíritu y en El fué a pregonar a los espíritus que estaba en la prisión” (*I Pet.* 3, 18-19).

b) San Irineo (*Adversus Haereses*, 1, 4, cap. 27, art. 2) aduce la siguiente doctrina de un comentarista de la Escritura, dando su aprobación: “Por eso bajó el Señor a los infiernos y anunció su venida, al perdonar los pecados a los que creyeron en El. En El

creyeron todos los que esperaron en El, es decir, los que profetizaban su venida y cumplieron sus mandatos, los justos, los patriarcas y los profetas. Como a nosotros, les perdonó sus pecados y ya no podemos atribuirselos más sin despreciar la gracia del Señor. Porque así como no se cuentan ya los pecados que por nuestra incontinencia cometimos antes de que Cristo se nos revelara, así tampoco nos está permitido atribuirles todavía los pecados que ellos cometieron antes de la venida de Cristo. Pues todos los hombres están privados de la gloria de Dios y no serán justificados por sí mismos, sino por la venida del Señor, si aman su luz." San Juan Damasceno (*De fide orthodoxa* lib. 3, cap. 29): "El alma divinizada descendió a los infiernos. Como entre los vivos apareció el sol de justicia, así también debía brillar la luz en lo subterráneo, en donde yacían en tinieblas y sombras de muerte. A los de este mundo terreno anunció la paz; a los cautivos, la libertad; a los ciegos, la vista; a los creyentes, salud eterna, entregando a los incrédulos a su misma incredulidad. Lo mismo tenía que ocurrir con los que estaban en los infiernos para que ante El se postrara la tierra, el cielo y el abismo. Así redimió a los que yacían cautivos desde siglos y resucitó después de entre los muertos enseñándonos el camino de la Resurrección."

San Cirilo de Jerusalén (*Catequesis*, 14, sec. 18-19) dice: "Bajó solo al sepulcro y volvió acompañado de muchos. Porque El murió, pero muchos de los Santos Padres muertos fueron resucitados por El. La misma muerte se aterrorizó cuando vió bajar al infierno a un extraño que no estaba ligado por los vínculos propios del lugar. ¿Por qué, oh porteros del infierno, os espantaisteis al verle? ¿Qué temor os invadió? Huyó la muerte y con esta cobarde fuga mostró su timidez..."

Todos los santos a quienes la muerte había absorbido fueron redimidos, pues convenía que el rey que había sido anunciado fuese el redentor de sus más excelsos prisioneros."

c) La bajada de Cristo a los infiernos no ha de entenderse como un movimiento espacial. No se trata de eso: significa que Cristo se reveló a aquellos difuntos de todos los tiempos y de todos los pueblos, que murieron en estado de unión con Dios y sin pecado, pero a quienes estaba prohibido el acceso a la visión de Dios, porque antes de la muerte de Cristo nadie pudo penetrar en el Santuario del Altísimo (*Hebr.* 9, 8). Les llevó la noticia de que había llegado la hora de la libertad. Fué la misma buena nueva

que el buen ladrón oyó en la cruz poco antes de morir (Lc. 23, 43). Nada nos induce a aceptar que Cristo se presentara también a los condenados o a los que se encontraban en el Purgatorio. Claro que a ellos también llegó la noticia de la gran transformación que acababa de ocurrir.

d) La historia de las religiones de la escuela liberal quiso ver en la bajada de Cristo a los infiernos, de que habla la Escritura, un caso especial de las representaciones religiosas del Oriente (sistemas gnósticos y pregnósticos, religiones egipcias y babilónicas) y de los mitos sobre el descenso al infierno de algún héroe o dios, propagados en el mundo cultural greco-romano. El carácter único de la doctrina bíblica y la imposibilidad de comparación con esos mitos y concepciones y de deducción de ellos, es evidente: no es posible separar la doctrina revelada sobre la bajada a los infiernos de la persona y obra de Cristo. Constituye un miembro del todo orgánico, que queda descrito en la expresión "persona y obra de Cristo"; participa por tanto del modo especialísimo y único de ser que tiene ese todo. Está por encima de los mitos paganos, por supuesto (cfr. § 146), porque Cristo, Hijo de Dios aparecido en la historia humana, está sobre las figuras míticas del mundo pagano. El sentido de la bajada a los infiernos de Cristo se distingue además esencialmente del de todos los viajes al Hades contados en los mitos paganos. Cristo bajó a los infiernos, para anunciar a todos los que allí estaban la redención y victoria sobre el pecado, la muerte y el demonio. Los viajes al Hades representan en imágenes fantásticas una lucha incesante e indecisa entre el que llega al Hades y los dioses subterráneos. No pocas veces son vencidos por éstos o por lo menos tienen que pagar su tributo a las fuerzas infraterrestres. Falta por completo en los mitos la idea de que el que desciende supera de una vez para siempre la muerte a favor de toda la humanidad. A pesar de las diferencias hay que reconocer que en los mitos paganos se expresa de manera imperfecta el anhelo de la realidad testificada por la Escritura. En otro punto aún se relacionan los mitos paganos y la realidad cristiana. Los Santos Padres emplean no pocas veces el mundo figurativo pagano para *explicar* la fe cristiana. Hay que distinguir cuidadosamente entre la envoltura, prestada por el mundo de concepciones paganas y la forma y contenido que proceden de la Revelación. En cuanto al contenido es indudable que se diferencian esencialmente ambas

concepciones (cfr. J. Kroll, *Gott und die Hölle. Der Mythos vom Deszensuskampfe*, 1932 y K. Prümm, *Der christliche Glaube und die altheidnische Welt*, II 17-51).

3. *Al tercer día después de su muerte, Cristo resucitó glorioso de entre los muertos.* Dogma de fe. Todos los Símbolos. Cfr. D. 2036 y 2084.

a) *La resurrección de entre los muertos es el punto central de la fe* (cfr. § 152 y *Teología fundamental*). Los Apóstoles no se cansan de dar pruebas de la Resurrección. Después de la derrota del Viernes Santo, el Domingo de Pascua no fué para los discípulos simplemente el restablecimiento del primitivo estado de su fe, sino el comienzo de una nueva inteligencia de Jesús, que fué ampliada y profundizada gracias a las enseñanzas del Señor, que se les apareció. En el hecho de que Jesús viviera vieron los discípulos la confirmación de su misión y exigencia mesiánicas (cfr. *Act.* 2, 14-36). "En la imagen del Resucitado se unían las pruebas del poder portentoso de Jesús, de los milagros hechos antes de su muerte, de los que ellos eran testigos oculares y todo lo que habían visto y oído mientras vivieron con El (cfr. *Act.* 2, 22; 10, 37-39). Muchas de sus palabras fueron entendidas por fin, y sobre todo comprendieron las significaciones reales de lo que antes había sido para ellos escándalo insoportable: su muerte" (cfr. *Mc.* 8, 31-33). (J. Schmid, *Das Evangelium nach Mathäus*, Regensburg, 1948.) San Pablo explica la Resurrección junto a la muerte en cruz como centro del mensaje de salvación (*I Cor.* 15, 1-21). Cuando se quería elegir a otro del círculo de los discípulos, San Pedro pone como condición expresa que sea testigo de la Resurrección, lo cual es, para San Pedro, la misión del Apóstol (*Act.* 1, 22; cfr. 4, 33; 10, 41).

La Resurrección de entre los muertos es para los no creyentes un *escándalo no menor que la muerte del Hijo de Dios*. Los libertinos y materialistas saduceos y los orgullosos griegos se rieron de ella (*Mt.* 22, 23-32; *Act.* 17, 31-32). Para el hombre que piensa naturalmente, contando sólo con las posibilidades de su experiencia y con los descubrimientos de su reflexión filosófica, es comprensible y razonable que un hombre viva en el recuerdo de otros, por la repercusión de sus obras y palabras, incluso que su espíritu siga existiendo; pero es incomprensible para él que siga viviendo con su verdadero cuerpo. Sólo comprenderá esto quien piense desde

Dios. El que deja de oponer al mensaje de la Resurrección el *no* de la experiencia humana y del pensamiento reflexivo, aceptando si la Revelación lo atestigua que Dios resucitó de entre los muertos a su Hijo y porque la Revelación lo atestigua, ha transformado su pensamiento y piensa ya desde Dios.

b) Los mismos discípulos de Cristo tuvieron que transformarse profunda y largamente para poder ser testigos de la Resurrección de Cristo. Desde mucho antes  *fueron preparados* para este acontecimiento. Cuando Jesús les hablaba de sus padecimientos, siempre añadía después que al tercer día resucitaría de entre los muertos; pero casi desatendieron por completo esta nueva; nada había en ellos que pudiera hacerles comprender tal cosa; les faltaba el órgano adecuado para aceptar esta nueva que estaba fuera de todas sus representaciones, pensamientos y esperanzas. Por eso se entristecieron tanto al ver desaparecer sus esperanzas mesiánicas bajo la cruz del Maestro. Cristo les encontró llenos de dudas y cavilaciones cuando se les apareció resucitado. Esta actitud de los discípulos es de suma importancia *para valorar los testimonios neotestamentarios sobre la resurrección de Jesús*. La figura del Resucitado no podía brotar como *visión* del abismo misterioso de la subconsciencia, como si su fe les hubiera llevado a crear en su interior una fuerza inconsciente que luchara contra su desesperación; tampoco podía haber sugestión o engaño de otros.

Desde David Federico *Strauss*, la teología liberal explica la fe pascual por una *vivencia visionaria*, sea de uno, sea de todos los discípulos. Esta hipótesis reconoce las apariciones del Resucitado como hecho histórico, pero las considera visiones subjetivas de los discípulos. Se escamotea la historicidad misma de la Resurrección. En la afirmación de que Cristo resucitó al tercer día, no ven más que una interpretación teológica de las apariciones que tuvieron los discípulos.

Esta explicación fracasa al no tener en cuenta la desesperación inicial de los discípulos (cfr. *Lc.* 24, 19-21) o al suponer un gran espacio de tiempo para explicar la evolución desde la incredulidad de los discípulos hasta su convicción de que no estaba muerto, que había de imponerse como tradición unánimemente atestiguada de que "resucitó al tercer día". Su más importante defecto metodológico es el no tomar como punto de partida para sus investigaciones los relatos sobre la Resurrección y el no examinar la tradición ni la conexión de los textos; procede con supuestos doctrinales aprio-

risticos y estudia los textos bajo el supuesto naturalista y racionalista de que en la Historia no pueden ocurrir milagros y que, por tanto, todos los relatos que hablan de milagros deben tenerse por legendarios. Partiendo del supuesto filosófico de que Cristo no pudo resucitar, la teología liberal se esfuerza en explicar cómo fué posible llegar a la fe en la Resurrección. Tales interpretaciones tergiversan los textos neotestamentarios y desconocen la psicología de los discípulos (*Ios. Schmid, Das Evangelium nach Mathäus, Regensburg, 1948, 269-70; Karl Buchheim, Das messianische Reich, München, 1948, 23-54; Fr. Meffert, Das Urchristentum, München-Gladbach, 1920, 78-79*).

Con razón dice Guardini: "No hay nada en la Sagrada Escritura capaz de hacernos suponer que los Apóstoles esperaran una Resurrección, cualquiera que sea el sentido dado a esta palabra. Se resistieron, por el contrario, a aceptar esa idea y no se rindieron más que ante el hecho real... Podría objetarse que precisamente lo típico de las percepciones y visiones religiosas de esta clase estriba en la lucha abierta que se inicia entre ellas y la conciencia clara, y el tener que imponerse a ésta violentamente aunque, o mejor dicho, porque vienen del subconsciente. Es posible; pero deben armonizarse en su forma con la psicología de la persona que las vive. Ahora bien, la figura de un Dios hecho hombre que se llevara su cuerpo al cielo era del todo ajena al pensamiento judío. La subconsciencia de los pescadores galileos no hubiera vencido nunca su estado de depresión produciendo una imagen tal... Finalmente y ante todo habría que decir que el producto de una tal convulsión religiosa hubiera podido mantenerse en realidad durante algunos años de excitación o de una postura de sombría espiritualidad, pero que es completamente imposible que una religión potente y universal como el cristianismo haya tenido un tal origen, que está ligado indisolublemente con la fe en la Resurrección. Ciego hay que ser para hacer tales manifestaciones" (R. Guardini, *El Señor*, Madrid, 1954, 2 vol., 180-81). Véase también la extensa exposición y refutación de la hipótesis visionaria, así como los argumentos que suelen usarse contra el hecho de la Resurrección de Cristo, en K. Adam, *Jesus Christus*.

También contradice el carácter y sentimientos de los discípulos la hipótesis que hizo por vez primera H. S. Reimarus, 1778, al decir que la predicación de la Resurrección fué un engaño consciente de los mismos discípulos. Según Raimarus, los discípulos robaron el cadáver de Jesús y enseñaron después el sepulcro vacío como prue-

ba de la Resurrección. Esta hipótesis emplea los mismos recursos que los judíos (*Mt.* 28, 12-15). También está en franca contradicción con los relatos evangélicos la hipótesis de que, si no los discípulos, otra persona extraña, por ejemplo, José de Arimatea, robó el cadáver y los discípulos creyeron erróneamente que el sepulcro vacío era prueba de la Resurrección. Fueron, pues, víctimas de un error y la predicación de la Resurrección un producto de la auto-sugestión de los discípulos. Contra esta hipótesis habla el hecho de que ni José de Arimatea ni ningún otro discípulo dijera nada en contra, cuando los discípulos predicaron la Resurrección de Cristo y, sobre todo, el hecho de que la fe en la Resurrección no se debió a la prueba del sepulcro vacío, sino a las apariciones de Cristo (cfr. *Ios.*; Schmid, *Das Evangelium nach Mathäus*, 269).

Los discípulos testifican la Resurrección (*Act.* 2, 23) justamente porque, contra todas sus esperanzas, la realidad inmediata del Señor resucitado les transformó, dominó y avasalló. Sobre ellos pesa el mandato de anunciar lo que vieron y oyeron. Tienen el ineludible deber de dar testimonio del Resucitado y ninguna amenaza de muerte les asusta. No pueden callar lo que es la fuerza que les empuja desde las apariciones de Cristo (*Act.* 3, 16; 4, 19-20; *I Cor.* 9, 16).

El NT atestigua de muchas maneras el hecho de la Resurrección, tan importante para los discípulos. Es el núcleo de testimonio neotestamentario sobre Cristo; todo el NT le presupone.

c) La Resurrección del Señor crucificado es *la realidad fundamental de que se nutre la fe de la Iglesia*. Si hubiera sido engaño y error, toda la predicación de los Apóstoles y la fe de la comunidad hubiera sido vana, como dice San Pablo; las fuerzas del pecado, de la muerte y del demonio seguirían imperando. Así, se entiende que los discípulos, y sobre todo San Pablo, den testimonio de la Resurrección, aun arriesgando su propia vida.

La Resurrección de Cristo pertenece a los hechos históricos, sobre los que los Apóstoles se sienten obligados a dar testimonio. El mismo Cristo les dió esa misión. Según San Lucas, les dijo en una de las apariciones: "Esto es lo que yo os decía estando aún con vosotros, que era preciso que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley de Moisés y en los profetas y en los Salmos de mí." Entonces les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras, y les dijo: "Que así estaba escrito, que el Mesías pa-

deciese y al tercer día resucitase de entre los muertos, y que se predicase en su nombre la penitencia para la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén" (Lc. 24, 44-47). El fin de toda la predicación ante los judíos y paganos es la fe en la Resurrección de Jesús (*I Thes.* 1, 9-10; *Act.* 17, 31; 13, 46; 4, 26). Lo que los Apóstoles predicán y atestiguan no son ni mitos ni especulaciones, sino hechos, que son predicados y creídos como salvíficos. Los Apóstoles pueden predicar el sentido salvífico de esos hechos porque el mismo Redentor se lo ha explicado a ellos. Y, por eso, los Apóstoles pretenden siempre ser testigos no sólo de la historicidad de los hechos, sino de su sentido salvador (*Act.* 1, 8, 22; 2, 32; 3, 15; 4, 33; 5, 22; 7, 44; 10, 41, 43; 13, 22, 31; 14, 3; 15, 5, 8; 16, 2; 22, 15, 20; 23, 11; 26, 5, 19). Cuando por la muerte de Judas es necesario completar el número de doce Apóstoles, se exige como condición que sea testigo de la Resurrección: "Ahora, pues, conviene que de todos los varones que nos han acompañado todo el tiempo en que vivió entre nosotros el Señor Jesús, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que fué tomado de entre nosotros, uno de ellos sea testigo con nosotros de su Resurrección" (*Act.* 1, 21-22). La Resurrección es considerada, por tanto, como un hecho que cae de lleno en el tiempo; el Señor estuvo con ellos y les dejó; es un hecho histórico, como el bautismo en el Jordán, como su pasión y muerte, como su enterramiento.

Con razón dice Geiselman (*Jesus der Christus*, 1951, 26-27): "El *Kerigma* apostólico, la manifestación de Jesús, como Ungido del Señor, está esencialmente determinada por el hecho de que en un todo se reúnen lo histórico y suprahistórico, lo temporal y eterno, la realidad y predicación, la profecía y su cumplimiento. No es posible hablar de Jesús, en cuanto Cristo, sin recordar las profecías del AT. El Evangelio no significa ruptura con el AT, sino el cumplimiento de la promesa (*Rom.* 1, 1-2; *I Cor.* 1; *Rom.* 16, 25). El AT está incluido en el Evangelio, porque da testimonio de Cristo; de hecho, contribuye a la propagación del Evangelio entre los infieles y les conduce a la fe (*Rom.* 16, 25-26). Pero tampoco es posible hablar del Mesías del AT sin hablar del Jesús histórico. Predicar a Jesús, prescindiendo del AT y de la Historia Sagrada, cuyo coronamiento es, nos lleva al Jesús simplemente *histórico* (a una vida de Jesús) o al Dios metafísico, sin referencias a la Historia de la Salvación o a Jesús como punto culminante de la experiencia religiosa de la humanidad. La idea del Mesías



del AT, estudiada sin referencias a la historia de Jesús, tampoco pasa de ser una simple idea. En el primer caso, el estudio se convierte en pura noticia, de lo que una vez existió o fué en otro tiempo hechos históricos; en el segundo, no pasa de ser una esperanza, pero ni en uno ni en otro caso se llega a la fe; porque la fe, en sentido cristiano, se refiere siempre a un hecho histórico y suprahistórico, a un acontecer salvífico, a un *kerygma*, anunciación o llamada a la fe en Jesucristo y se da, en primer lugar y primordialmente, porque el hecho histórico de Jesús y las profecías mesiánicas forman un todo indisoluble.”

1) El testimonio escrito más antiguo es el de San Pablo. Data aproximadamente del año 56. San Pablo tuvo noticia de que en la culta ciudad de Corinto, de mentalidad griega, no se creía demasiado en la resurrección del cuerpo y escribe a los corintios: “Os traigo a la memoria, hermanos, el Evangelio que os he predicado, que habéis recibido, en el que os mantenéis firmes, y por el cual sois salvos, si lo retenéis tal como yo os lo anuncié, a no ser que hayáis creído en vano. Pues a la verdad os he transmitido, en primer lugar, lo que yo mismo he recibido, que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fué sepultado, que resucitó al tercer día, según las Escrituras, y que se apareció a Cefas, luego a los doce. Después se apareció una vez a más de quinientos hermanos, de los cuales muchos viven todavía y algunos murieron; luego se apareció a Santiago, luego a los Apóstoles, y después de todos, como a un aborto, se me apareció también a mí. Porque yo soy el menor de los Apóstoles, que no soy digno de ser llamado Apóstol, pues perseguí a la Iglesia de Dios. Mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia que me confirió no ha sido estéril, antes he trabajado más que todos ellos, pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo. Pues, tanto yo como ellos, esto predicamos y esto habéis creído.

Pues si de Cristo se predica que ha resucitado de los muertos, ¿cómo entre vosotros dicen algunos que no hay resurrección de los muertos? Si la resurrección de los muertos no se da, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación. Vana vuestra fe. Seremos falsos testigos de Dios, porque contra Dios testificamos que ha resucitado a Cristo, a quien no resucitó, puesto que los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan ni Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe, aún estáis en vuestros pecados. Y hasta los que mu-

rieron en Cristo perecieron. Si sólo mirando a esta vida tenemos la esperanza puesta en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres.

Pero no: Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicia de los que mueren. Porque como por un hombre vino la muerte, también por un hombre vino la resurrección de los muertos" (*I Cor.* 15, 1-21).

Para la correcta interpretación de este texto, es de suma importancia tener en cuenta su finalidad; no quiere San Pablo despertar la fe en la Resurrección sin profundizar en ella y defenderla contra falsos argumentos. Apela a su propia experiencia, a la aparición que tuvo ante las puertas de Damasco, a la experiencia de otros, a la tradición según la cual Cristo resucitó al tercer día y se apareció primero a Pedro y después a los doce. Es de capital importancia la cuestión de qué atribuye San Pablo a la tradición y qué atribuye a su propia experiencia. Esta cuestión sólo puede solucionarse teniendo en cuenta el sermón misional que San Pablo pronunció en Antioquía de Pisidia, según lo relatan los *Hechos de los Apóstoles*: "Hermanos, hijos de Abraham, y los que entre vosotros temen a Dios, a nosotros se nos envía este mensaje de salud." En efecto, los moradores de Jerusalén y sus príncipes le rechazaron y condenaron, dando así cumplimiento a las palabras de los profetas que se leen cada sábado, y sin haber hallado ninguna causa de muerte, pidieron a Pilatos que le quitase la vida. Cumplido todo lo que de El estaba escrito, le bajaron del leño y le depositaron en un sepulcro, pero Dios le resucitó de entre los muertos, y durante muchos días se apareció a los que con El habían subido de Galilea a Jerusalén, que son ahora sus testigos ante el pueblo. Nosotros os anunciamos el cumplimiento de la promesa hecha a nuestros padres, que Dios cumplió en nosotros, sus hijos, resucitando a Jesús, según está escrito en el salmo segundo: "Tú eres mi Hijo, yo te engendré hoy", pues le resucitó de entre los muertos, para no volver a la corrupción. También dijo: "Yo os cumpliré las promesas santas y firmes hechas a David." Por lo cual, en otra parte, dice: "No permitirás que tu Santo vea la corrupción." Pues bien, David, habiendo hecho durante su vida la voluntad de Dios, se durmió y fué a reunirse con sus padres y experimentó la corrupción; pero aquel a quien Dios ha resucitado, ése no vió la corrupción.

Sabed, pues, hermanos, que por éste se os anuncia la remi-

sión de los pecados y de todo cuanto por la Ley de Moisés no podáis ser justificados" (*Act.* 13, 26-28).

Geiselman afirma como contenido de este texto: la pasión de Jesús como cumplimiento de las profecías del AT, el sepelio de Cristo como hecho puramente histórico sin referencia alguna a las profecías del AT, la Resurrección como cumplimiento de la promesa profética y las apariciones del Resucitado a los doce, sin referencia tampoco a la Sagrada Escritura (J. R. Geiselman, *Jesus der Christus. Die Urform des apostolischen Kerygmas als Norm unserer Verkündigung und Theologie von Jesus Christus*, Stuttgart, 1951, 28).

Se ha objetado contra el sermón misional de San Pablo, relatado en el capítulo 13 de los *Hechos de los Apóstoles*, que no pudo ser hecho por él mismo, ya que en ese sermón no se hace mención de la aparición que él tuvo. Pero San Pablo tenía poderosas razones para no aludir a ella. En ese sermón, San Pablo quiere demostrar que la Resurrección de Cristo es el cumplimiento de las profecías viejotestamentarias. No predica simplemente a Cristo como el primero de los resucitados y prototipo de nuestra resurrección (cosa que había hecho en la primera *Epístola a los Corintios*), sino que vincula el hecho de la Resurrección a la historia de la Salvación: pertenecen a ella a manera de acabamiento y consumación. No importa sólo el que Cristo haya resucitado y viva glorificado, sino también el hecho de que la Resurrección haya ocurrido en el tiempo. Esta fijación temporal se hace al decir que Cristo fué sepultado y que fué resucitado y se apareció durante varios días a los que le siguieron desde Jerusalén a Galilea; esos pueden dar testimonio de su Resurrección, porque le vieron al tercer día y en los días siguientes. San Pablo no puede dar un testimonio de la Resurrección de esa especie: no puede testificar la hora que ocupa ese hecho de la salvación, porque él no estaba presente cuando se apareció a los doce. Pero puede predicar la Resurrección de Cristo en su orden temporal y en su enmarcamiento histórico basándose en los testimonios transmitidos por los doce; por eso puede caracterizarla como cumplimiento de las promesas viejotestamentarias. No puede dar testimonio de la Resurrección en sentido histórico, porque no fué testigo de ella; porque testigo es aquel que ha visto personalmente, el que ha visto o escuchado lo que relata (*Act.* 1, 21-22; *Lc.* 1, 2), el que predica con palabras lo que vivió en esa experiencia vital (*Ac.* 1, 18, 21; 2, 24, 32; 3, 15; 5,

32; 10, 40-41; 13, 31) y ha recibido de Dios tal misión (*Act.* 1, 2; 4-6; 10, 40; *Lc.* 24, 48). Por eso el Apóstol se limita a presentar como cumplimiento histórico de las profecías la Resurrección atestiguada por los doce.

Se puede demostrar que las partes de la primera Epístola a los Corintios, que están de acuerdo en el fondo y en la forma con el sermón misional de Antioquía, proceden de la tradición. Son los versículos 3-5 que comienzan con las palabras: "Pues, a la verdad, os he transmitido en primer lugar" y terminan con "luego a los doce". Estos tres versículos repiten lo que el Apóstol recibió de la tradición. Cosa evidente si se cae en la cuenta de la coincidencia con el sermón de Antioquía; viceversa: esa coincidencia demuestra que el sermón es digno de crédito en su fondo histórico. Prueba de que los versículos 3-5 han sido tomados por San Pablo de la tradición es su diferencia estilística y gramatical respecto a los otros textos. Geiselmann ha demostrado que el sermón de Antioquía corresponde a un cierto esquema: al *parallelismus membrorum* en antítesis, propio del arameo. El primer miembro habla de la pasión y muerte, según la Escritura, y del enterramiento de Cristo, sin referencias a la Escritura. Es el mismo esquema que encontramos en la primera Epístola a los Corintios (15, 3-5). Se trata, pues, en lo que no es contribución propia de San Pablo de una formulación de la fe existente ya desde hacía tiempo, de un trozo de tradición formulado ya y oriundo justamente de la comunidad de Jerusalén, de un *kerygma* apostólico, en sentido estricto, ya acuñado; quizá de un antiguo símbolo de la fe. San Pablo no le usa en *I Cor.* 15, 3-5 para determinar históricamente la Resurrección, sino para predicar a Cristo como primero de los resucitados y prototipo de la resurrección. Por eso puede sumar a su experiencia ese trozo de tradición; cosa que no hace en el sermón de Antioquía. Su experiencia no puede situar históricamente la Resurrección, pero puede atestiguarla, y a la vez el antiguo símbolo de fe le sirve para fijarla históricamente.

Por lo que acabamos de decir, se hace evidente que no pueden ponerse en el mismo plano los textos de los Hechos de los Apóstoles (cap. 13) y el de la primera Epístola a los Corintios (15); hacerlo, supondría un grave peligro para la fijación histórica del hecho de la Resurrección, como lo demuestran los intentos hechos por los protestantes.

Contra esta diferenciación entre San Pablo y los doce respecto al carácter de testigos, no puede objetarse diciendo que San Pablo

no sólo es portador de la tradición, sino que forma parte también del proceso de la Revelación por haber sido llamado directamente por Dios al apostolado. Aunque eso es verdad, San Pablo se encuentra frente a Cristo en otra situación completamente distinta de la de los doce que convivieron con El toda su vida, desde el Bautismo del Jordán hasta la Ascensión. De estos hechos, en cuanto realidades históricas, San Pablo tiene conocimiento y noticia por lo que ha sido transmitido. Su interpretación soteriológica es debida a un especial adoctrinamiento de Cristo (cfr. Geiselmann, *Jesus der Christus*, 1951; H. v. Campenhausen, *Der urchristliche Apostelbegriff*, en "Stud. theol." 1, 1948; G. Söhngen, *Ueberlieferung und apostolische Verkündigung (eine fundamentaltheologische Studie zum Begriff des Apostolischen)*, en *Die Einheit der Theologie*, 1952, 305-23).

2) Con el sermón de San Pablo concuerda plenamente el de San Pedro, tanto en el contenido como en la estructura; dice San Pedro en el sermón de Pentecostés: "Varones israelitas, escuchad estas palabras: Jesús de Nazaret, varón probado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por El en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis, a éste, entregado según los designios de la presciencia de Dios, lo alzasteis en la cruz y le disteis muerte por mano de los infieles. Pero Dios, rotas las ataduras de la muerte, le resucitó, por cuanto no era posible que fuera dominado por ella, pues David dice de El: "Traía yo al Señor siempre delante de mí, porque El está a su derecha, para que no vacile.

"Por esto se regocijó mi corazón y exultó mi lengua, y hasta mi carne reposará en la esperanza. Porque no abandonarás en el ades mi alma, ni permitirás que tu Santo experimente la corrupción. Me has dado a conocer los caminos de la vida y me llenarás de alegría con tu presencia. Hermanos, séame permitido deciros con franqueza del patriarca David, que murió y fué sepultado, y que su sepulcro se conserva entre nosotros hasta hoy. Pero siendo profeta, y sabiendo que le había Dios jurado solemnemente que un fruto de sus entrañas se sentaría en su trono, le vió de antemano y habló de la Resurrección de Cristo, que no sería abandonado en el ades ni vería su carne la corrupción.

"A este Jesús lo reuscitó Dios, de lo cual nosotros todos somos testigos. Exaltado a la diestra de Dios y recibida del Padre la pro-

mesa del Espíritu Santo, le derramó según vosotros veis y oís. Porque no subió David a los cielos, antes dice:

“Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra. Hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies.” Tenga, pues, por cierto toda la casa de Israel que Dios le ha hecho Señor y Cristo a este Jesús, a quien vosotros habéis crucificado” (*Act. 2, 22-36*).

En el sermón de San Pedro con motivo de la conversión de Cornelio de Cesarea, encontramos el mismo esquema: “Tomando entonces Pedro la palabra, dijo: Ahora reconozco que no hay en Dios acepción de personas, sino que en toda nación el que teme a Dios y practica la justicia le es acepto. El ha enviado su palabra a los hijos de Israel, anunciándoles la paz por Jesucristo, que es el Señor de todos. Vosotros sabéis lo acontecido en toda Judea, comenzando por la Galilea, después del bautismo predicado por Juan; esto es, cómo a Jesús de Nazaret le ungió Dios con el Espíritu Santo y con poder, y cómo pasó haciendo bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con El. Y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén y de cómo le dieron muerte, suspendiéndole de un madero. Dios le resucitó al tercer día y le dió manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos de antemano elegidos por Dios, a nosotros, que comimos y bebimos con El después de resucitado de entre los muertos. Y nos ordenó predicar al pueblo y atestiguar que por Dios ha sido instituido juez de vivos y muertos. De El dan testimonio todos los profetas, que dicen que por su nombre cuantos crean en El recibirán el perdón de los pecados” (*Act. 10, 34-43*).

El sermón de San Pedro se distingue del de San Pablo en que aquél no menciona el enterramiento de Jesús; San Pablo le alude no sólo como hecho soteriológico, sino como símbolo real del Bautismo, en el que el hombre, sepultándose, participa en Cristo. El hecho de la Resurrección es también unánimemente testificado por los *cuatro Evangelistas* (*Mt. 28, 1-20; Mc. 16; Lc. 24; Jo. 20, 1-23*). Se defienden contra las autoridades judías que negaban la Resurrección y que divulgaron como “rumor” oficialmente que el cadáver de Cristo había sido robado (*Mt. 28, 11-15*). En el Talmud se divulgó “hasta nuestros días”. Cristo resucitado se apareció sólo a los que “habían sido predeterminados para testigos” (*Act. 10, 41*) y habían recibido la misión de anunciar el Evangelio de la Resurrección. A los demás se les dió a conocer el Resucitado por el Espíritu Santo.

3) En la Escritura se dice, generalmente, que Cristo fué resucitado de entre los muertos (*Lc.* 24, 34; *Mc.* 16, 6; *Mt.* 28, 6; *Act.* 2, 32; 3, 13-15; 4, 10; 5, 30; 10, 40; 13, 30-37; 17, 31; *I Cor.* 15, 13-15). Y algunas veces dice sencillamente que resucitó (*Lc.* 24, 46; *Mc.* 16, 9; *crf.* *Act.* 2, 31; 4, 33; 26, 23; *Rom.* 1, 4; 6, 5; *Phil.* 3, 10; *I Pet.* 1, 3; 3, 21). Esto no implica contradicción alguna. Cristo, en cuanto hombre, fué resucitado por el Padre, y en cuanto Dios, resucitó por su propia virtud. Aunque son más numerosos los pasajes que dicen que fué resucitado por el Padre, siempre están de acuerdo con la forma fundamental del testimonio neotestamentario sobre Cristo; siempre se afirma claramente la divinidad de Cristo, aunque se acentúe que su vida está determinada por el Padre. El Padre puso de manifiesto mediante el milagro de la Resurrección que Cristo crucificado era su Mesías e Hijo (*Act.* 3, 15; 4, 10; 5, 30; 10, 40; 13, 30-37).

4) No tiene mayor importancia el hecho de que haya desacuerdo en algunos detalles entre los testimonios sobre la Resurrección. Tales diferencias de detalles se dan entre el relato paulino y los Evangelios y entre los distintos Evangelios; se refieren a distintas cosas: por ejemplo, las diferencias respecto a las personas a que Cristo se apareció. Los cuatro Evangelistas narran la sorpresa de las mujeres en la mañana de Pascua junto al sepulcro de Jesús; pero San Marcos y San Lucas mencionan tres mujeres; San Mateo, dos, y San Juan, una. Lo mismo ocurre respecto a las experiencias tenidas con Cristo Resucitado, respecto al modo de aparecerse, respecto a sus palabras y profecías... También hay diferencias respecto al lugar de las apariciones. San Lucas no cuenta ninguna aparición en Galilea, sino sólo en Jerusalén, mientras que los otros tres Evangelistas hablan de las apariciones en Jerusalén y Galilea. Es claro que hay dos tipos de tradición sobre las apariciones de Jesús: uno, jerosolimitano, representado sobre todo por San Lucas, y otro, galileo, que se encuentra en los demás Evangelistas.

5) A pesar de estas diferencias de detalle, los relatos de la Resurrección conservan plenamente su *valor histórico*. Por la manera de narrar se ve que los Evangelistas no aspiraban a una información completa; que los primeros testigos estaban vivamente impresionados por este acontecimiento estremecedor; que, por tanto, los relatos no podían ser a manera de protocolos objetivos, sino que la emoción y sentimientos de sus autores debían jugar un papel im-

portante. A pesar de todo, los relatos están en lo esencial completamente de acuerdo.

J. Schmid enumera los siguientes puntos comunes: *aa*) la fe de los discípulos en la Resurrección de Jesús como en un hecho; confusos y miedosos por los sucesos del Viernes Santo, creen, sin embargo, firmemente que el Maestro ha resucitado y se ha aparecido a varios de ellos.

*bb*) El hecho del sepulcro vacío; *cc*) la fijación temporal de la Resurrección al tercer día de la muerte; *dd*) la limitación de las apariciones a un determinado período de tiempo. Son, por tanto, distintas de otras apariciones y revelaciones del Señor. Cuando San Pablo dice que “por último” se le apareció a él, quiere decir que no hubo más apariciones del Resucitado, y, por tanto, que hay que distinguirlas de otras “visiones” que el Apóstol tuvo (*II Cor.* 12, 1; *Act.* 18, 9; 22, 17-18; 23, 11; *II Cor.* 12, 7); *ee*) un nuevo modo de existir del Resucitado, pero corpóreo; *ff*) el origen de la fe en la Resurrección no es la prueba del sepulcro vacío, sino las apariciones de Jesús; *gg*) la Resurrección es un milagro realizado por Dios en el Mesías; *hh*) no se describe el proceso mismo de la Resurrección. Este rasgo común y característico de todos los testimonios tienen especial importancia al enjuiciar los relatos. Debe ser “considerado como la prueba capital de que los Evangelistas quieren narrar lo histórico y no lo legendario”. Estrecha relación con esto tiene el hecho de que el “sepulcro vacío” jamás se empleó como prueba de la fe en la Resurrección. De la comprobación del hecho del sepulcro vacío no se dedujo que Cristo hubiera resucitado. San Lucas y San Juan subrayan cómo primeramente el hecho del sepulcro vacío produjo en los discípulos asombro y desconcierto. Los discípulos de Emmaús tienen noticia del sepulcro vacío y creen en la noticia, pero no por eso creen que Cristo haya resucitado (*Lc.* 24, 22-24). María Magdalena, según cuenta San Juan (20, 1-5), al ver al sepulcro vacío, quedó triste y desconcertada y creyó que alguien había robado el cadáver de Jesús. Lo mismo para San Marcos que para San Mateo lo decisivo en la fe de las mujeres, en la Resurrección, no fué el sepulcro vacío, sino la aparición y noticia del ángel. Fe vacilante, que nada tiene de común con la gozosa fe pascual: se expresa por medio del temor y espanto (*Mc.* 16, 8). Únicamente las apariciones a los discípulos dan la seguridad de que realmente el Señor vivía. Es insostenible, por tanto, la hipótesis moderna de que el sepulcro vacío es una invención posterior debi-



da a las experiencias extáticas de la fe pascual; invención que serviría para apoyar dicha fe o que en último término sería consecuencia de ella" (J. Schmid, *o. c.* 268-69). Así, pues, a pesar de las diferencias en los relatos de la Resurrección sigue teniendo validez lo siguiente: el hagiógrafo del NT no se cuidó mucho de la relación ordenada de los detalles, sino del *hecho* de la Resurrección en sí. Las divergencias de los relatos se explican con facilidad psicológicamente: "En su aparente incoherencia, son, por el contrario, la imagen fiel de la turbación y excitación de las primeras horas de la Resurrección, en que se acumulaban los sucesos alarmantes y se entrecruzaban las noticias más contradictorias."

Esta misma incoherencia de los relatos evangélicos sirve para garantizarnos mejor su carácter primitivo y verídico, dejando ver claramente que no hay ningún arreglo artificial ni ensayo de armonización. Estos relatos únicamente pretenden reflejar la impresión sencilla y fiel de testigos oculares.

La brevedad y aun las lagunas de los relatos favorecen también ese carácter de antigüedad y sinceridad.

Si los Evangelistas hubieran querido inventar tenían materia admirable dispuesta en el fenómeno tan extraordinario de la Resurrección de Jesús.

No hay más que ver, comparativamente, el Evangelio de los Hebreos o también el relato de la Resurrección en la antigua tradición eslava de la *Guerra Judía*, de Flavio Josefo.

En ellos la Resurrección se da como un acontecimiento mundial que conmueve el universo a vista de los romanos y judíos. Los autores no saben cómo ensalzar y aumentar hasta lo grotesco los menores detalles. Lo mismo se encuentra en las *Entrevistas de Jesús con sus discípulos*, que se han conservado en etíope y en copto; se ponen en boca de Jesús resucitado toda una serie de sentencias y de máximas que manifiestamente son producto de la elocuencia abundante y ampulosa de su autor. Nada parecido en los Evangelios. Su narración es notable por su sobriedad; nada dicen de su Resurrección misma; sólo hablan del Resucitado. Las palabras que ponen en sus labios responden perfectamente a su doctrina anterior, concisa, enérgica y discreta, del todo inspirada por el carácter especialmente serio del momento. A quien se extrañase del contraste de esta excesiva sobriedad respecto al modo más detallado con que los Evangelistas describen otros sucesos de la vida de Jesús, se le puede advertir que éstos no intentan darnos, ni tampoco San Pablo, un relato profundo de la Resurrección. Sólo hablan de ella

para demostrar que es el fin glorioso de una vida verdaderamente divina, el *Amén* pronunciado por Dios a la obra de Jesús en la tierra" (K. Adam, *Jesus Christus*, 1945, págs. 238-39).

d) Los *Santos Padres*, sobre todo los griegos, ven en la Resurrección de Cristo la manifestación y revelación de su victoria sobre el pecado y la garantía y anticipación de nuestra Resurrección. Aducimos a continuación algunos textos:

*Orígenes* (*Contra Celso* 5, 22, 23): "Nadie se escandalice pensando que nosotros, cuando hablamos así, pertenecemos a aquellos que llamándose cristianos no admiten la doctrina bíblica de la Resurrección. No decimos que el cuerpo muerto tornará a su primitiva manera de ser, como tampoco decimos que el grano sembrado y podrido vuelva a ser ese mismo grano de trigo." En otro fragmento sobre la Resurrección (probablemente inauténtico) dice: "A toda semilla ha dado Dios una fuerza, que contiene como de antemano y en potencia los futuros cuerpos. Y así como el árbol completo—tronco, ramas, hojas, frutos—está invisiblemente en la semilla y, sin embargo, ya existe en su entelequia..., así hay en el cuerpo humano ciertos principios preexistentes de renovación... No nace, sin embargo, la misma materia o figura corporal... Se siembra un cuerpo terrenal y nace un cuerpo espiritual." "Ahora vemos con los ojos, oímos con las orejas, hacemos las cosas con las manos, andamos con los pies...; cuando tengamos aquel "cuerpo espiritual", veremos, oiremos, haremos cosas y andaremos como una totalidad (als Ganze) y el Señor transformará el cuerpo de nuestro caducidad a imagen del cuerpo de su gloria" (cfr. Hans Urs von Balthasar, *Orígenes. Geist und Feuer*, 1938, 219-20).

*San Cirilo de Jerusalén*, *Cuarta catequesis*, sec. 13; *San Atanasio*, *Tercer sermón contra los arrianos*, sec. 33; Winterswyl, *Athanasius, Die Menschwerdung Gottes*, 1937, 82; *Primer sermón contra los arrianos*, sec. 40.

San Juan Crisóstomo (*Homilias sobre los Hechos de los Apóstoles*, 4, 8) dice: "En esto todos están de acuerdo. Quizás una vez muerto se olvide al amigo a quien de veras se quería, pero el que en vida no nos preocupó será olvidado más pronto después de su muerte. Ningún hombre que desprecie a su amigo o maestro, mientras viven, les alabará después de muertos, sobre todo si sabe que hacer eso le expone a mil peligros. Pero lo que nunca ocurrió, ocurrió con Cristo y los Apóstoles: ellos, que le negaron y abandonaron mientras vivía; que huyeron de El cuando le apresaron, le

han tenido en tan alta estima después de su muerte y crucifixión, que por confesarle y creer en El dieron hasta la vida. Si Cristo hubiera muerto y no resucitado, ¿cómo puede pensarse que los que ante el peligro huyeron cuando El vivía, se expusieran a mil peligros después de muerto? Todos huyeron, Pedro negó tres veces perjurando al Señor. Pero el que le negó tres veces sólo por miedo a una criada se transformó de tal manera—quería dar prueba con los hechos de que había presenciado la Resurrección—, que despreció a todo un pueblo y se fué a la asamblea de los judíos a decirles que el Crucificado y Sepultado había resucitado al tercer día de entre los muertos y subido al cielo; más aún: decir que ya no tenía miedo ni a los más horribles tormentos. ¿De dónde le venía esa confianza? ¿De dónde, sino de la seguridad de la Resurrección?” (cfr. también *San León Magno*, Sermón 17, cap. 4).

e) Tampoco la Resurrección pudo ser deducida de los mitos paganos de *los dioses que mueren y vuelven a la vida*. La teología liberal y la de la historia de las religiones pretenden hacer de la Resurrección histórica de Cristo un mito; la desmitificación del cristianismo llevaría, según esas hipótesis, a prescindir de la Resurrección histórica, bastando la interpretación teológica de la fe de los discípulos en la Resurrección. Se compara el hecho de la Resurrección de Cristo con la de otras divinidades, como Marduk, Baal, Tammuz-Adonis, Osiris, Atis, Dyonisos-Zagreus, de quienes creyeron sus adoradores que habían resucitado después de morir. La fe pascual de los discípulos no sería más que un caso especial de estas creencias mitológicas, ampliamente difundidas. R. Bultmann es quien, sobre todo, incluye el hecho de la Resurrección de Cristo en su intento de desmitificación del cristianismo; los relatos de la Resurrección son, según él, interpretaciones teológicas, deducidas de las concepciones antiguas sobre la significación soteriológica del dolor y muerte de Cristo para la verdadera y propia existencia humana.

Pero la fe cristiana en la Resurrección tuvo origen en la primitiva comunidad palestinense. Ya existía cuando los discípulos entraron en contacto con los mitos griegos y antes de poder haber sentido su influencia. Hay, además, una diferencia esencial entre los relatos de los mitos y los testimonios neotestamentarios de la Resurrección. Los dioses paganos resucitan año tras año; no son más que personificaciones de los procesos de la naturaleza, que en círculo incesante se repite de nuevo. La Resurrección según el

relato bíblico es un hecho único e irrepetible, que se atribuye, además, no a una figura mítica, sino a una persona histórica, a Jesús. La historicidad del hecho de la Resurrección está subrayada en los relatos neotestamentarios, sobre todo en los momentos siguientes: las apariciones del resucitado están determinadas temporalmente con exactitud. Terminan a los cuarenta días con la Ascensión. Durante este tiempo, antes de subir a los cielos, Jesús come o bebe con sus discípulos; les acompaña y hasta se deja tocar. La Resurrección queda con todo ese realismo incorporada a la serie de hechos que ocurrieron estando Jesús con sus discípulos: desde el Bautismo en el Jordán hasta la Ascensión (*Act.* 1, 21-22).

Papel importante juega el sepulcro vacío. Aunque los Apóstoles creyeron en la Resurrección, sobre todo por las apariciones, el sepulcro vacío es un hecho ligado estrechamente a la fe originaria. Según (*I Cor.* 15, 3-5) una de las primitivas fórmulas de fe pertenece a la predicación neotestamentaria el hecho de que fué sepultado tanto como la muerte y la Resurrección. Con la Resurrección fueron vencidos la muerte y el sepulcro. Según el testimonio originario de Cristo, transmitido por San Pablo, la Resurrección es la salida desde el sepulcro de la carne y de la sangre. La interpretación mítica de la Resurrección carece de todo apoyo en los textos neotestamentarios; es una interpretación basada en un apriorismo filosófico y amenaza la credibilidad de toda la Biblia. Los mitos paganos no son más que un presentimiento, sueño o anhelo de la realidad que nos atestiguan los escritos bíblicos.

f) *¿Cómo puede imaginarse la Resurrección y el cuerpo resucitado de Cristo?*

1) Se trata aquí de un *misterio de Dios*, que, como los demás, sólo puede ser aprehendido por la fe (*I Cor.* 15, 51). Supuesto suyo es la muerte. El dolor de la crucifixión, la lanzada, el sepulcro con su gran losa, la guardia puesta delante son acusadores contra los que ponen en duda la seriedad de la muerte de Cristo. Como toda muerte, fué el final irrevocable de la vida. No fué como una puerta por la que se pasa, para seguir tras ella esta misma vida; éste fué el malentendido de los saduceos (*Mt.* 22, 23-30). Si Cristo hubiera vuelto como antes para seguir viviendo como siempre, el relato de su Resurrección tendría caracteres mitológicos. Es sumamente importante el entender que la muerte de Cristo no fué un simple tránsito: dió lugar a algo *totalmente nuevo*. La vida del Resucitado no es continuación de su vida anterior, sino otra. En la muerte se trans-

formó. Ya no está sujeto a las leyes del espacio y del tiempo, como antes de morir, aunque esté vinculado al tiempo y al espacio, porque eso es esencial a lo corporal. El Señor resucitado ni es omnipresente ni está en muchos lugares a la vez. Cristo es omnipresente por su naturaleza divina; pero la omnipresencia del Verbo no exige la de la naturaleza humana, que está relacionada con El de un modo especial.

Cuando los iconoclastas del siglo VII mantenían que la humanidad de Cristo participa de la infinidad de Dios por estar unida a El hipostáticamente y que la humanidad de Cristo debe ser, por tanto, omnipresente, los verdaderos creyentes defendieron en el II Concilio de Nicea (VII de los concilios ecuménicos) del año 788 que la naturaleza humana de Cristo está circunscrita y vinculada al espacio. Como esta proposición, según consta en las actas del Concilio, no fué suscrita por los Padres del Concilio, la proposición contraria no es una herejía formal. Sin embargo, es contraria a la conciencia de la Iglesia creyente y del magisterio eclesiástico ordinario y, por tanto, limita con la herejía (cfr. *D* 874). En el último período de la Escolástica reapareció esta doctrina de la ubicuidad de la naturaleza humana de Cristo. Lutero la aceptó y la empleó para explicar el misterio de la Eucaristía (Mansi, *S. Conciliorum nova et amplissima collectio*, 1767, t. XIII, col. 116; 339; 415; *D*. 307; en esta obra el problema no está del todo claro). Dander, S. J., *Der Verklärte Christus*, en "Theologischpraktische Quartalschrift" 89, 1936, 248; O. Lutz, *Von auferstandenen und erhöhten Christus*, en "Klerusblatt" 23, 1942, 109-12; M. Schmaus, *Christi Gegenwart in der Kirche*, *ibid.* 257-60, y además, volumen I. Véanse, ante todo, las Encíclicas *Mystici Corporis Christi* y la *Mediator Dei*. De esta cuestión se habla nuevamente en el *Tratado sobre la Gracia*.

A pesar de estar vinculado al espacio, la naturaleza humana glorificada de Cristo no está sujeta a la estrechez del espacio y del tiempo, como nosotros, que por vivir en el espacio y en el tiempo no estamos en condiciones de comprender su vida. Cristo antes de morir caminaba con sus discípulos, hablaba, comía y bebía con ellos; pero después de resucitado, de repente está entre ellos cuando están cerrados o cuando están en el campo. Se les "aparece", va ante ellos y desaparece nuevamente. Ya no existen para El los límites del espacio y del tiempo.

2) Los *Evangelios* dan testimonio de que Cristo resucitado tie-

ne cuerpo y de que es un cuerpo distinto del terreno. El modo de describirlo nos hace ver que las palabras humanas no son capaces de expresar el misterio de la corporalidad transformada, que está más allá de todas nuestras experiencias. A veces se acentúa la elevación de Cristo sobre el espacio y el tiempo, sobre la "carne y la sangre", hasta dar casi la sensación de que el Resucitado es un espíritu puro (cfr. *Io.* 20, 17; 20, 19-23; *Lc.* 24, 31-36). Al principio, ni los mismos discípulos le reconocieron (*Lc.* 24, 16-32; *Io.* 20, 1-18). Por otra parte, Cristo se presenta como verdadero cuerpo: come y bebe con los suyos como antes (*Lc.* 24, 39; 42-43; *Mc.* 12, 20-23; *Mt.* 28, 9; *Io.* 20, 20-27). De esta aparente contradicción deduce la teología liberal la incredulidad de los relatos de la Resurrección. Estos caracteres no se excluyen, en realidad, ni son contradictorios; más bien se completan, presentando en su conjunto el nuevo modo de ser de Cristo. De hecho esos caracteres contrarios no están repartidos en los distintos Evangelios, sino que están juntos dentro de un mismo capítulo. Su intención es subrayar y resaltar frente a la existencia incorpórea la realidad de la vida corporal de Cristo y a la vez indicar la diferencia de su anterior modo corporal de ser. Estos textos se distinguen, pues, tanto de la doctrina judía de la Resurrección como de las teorías griegas de la inmortalidad.

3) *San Pablo* se esfuerza en hacer comprensible la diferencia existente entre la vida que transcurre bajo las formas perecederas de este mundo y la vida corporal indestructible de Cristo resucitado, por medio de la parábola de la semilla y la planta: "Pero dirá alguno: ¿cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vuelven a la vida? ¡Necio! Lo que tú siembras no nace, sino muere. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de nacer, sino un simple grano; por ejemplo, de trigo, o algún otro tal. Y Dios le da el cuerpo según ha querido, a cada una de las semillas el propio cuerpo. No es toda carne la misma carne, sino que una es la de los hombres, otra la de los ganados otra la de las aves y otra la de los peces. Y hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres, y uno es el resplandor de los cuerpos celestes y otro el de los cuerpos terrestres. Uno es el resplandor del sol, otro el de la luna y otro el de las estrellas, y una estrella se diferencia de la otra en el resplandor. Pues así en la Resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción y resucita en incorrupción. Se siembra en ignominia y se levanta en gloria. Se siembra en flaqueza y se levanta en poder. Se siembra en cuer-

po animal y se levanta en cuerpo espiritual. Pues si hay un cuerpo animal, también lo hay espiritual. Que por eso está escrito: "El primer hombre, Adán, fué hecho alma viviente; el último Adán, espíritu vivificante. Pero no es primero lo espiritual, sino lo animal, después lo espiritual. El primer hombre fué de la tierra, terreno; el segundo fué del cielo..."

Voy a declararos un misterio: "No todos dormiremos, pero todos seremos inmutados" (*I Cor.* 15, 35-51). San Pablo vió al Resucitado como luz: su cuerpo estaba glorificado; la gloria de Dios salió al paso brillando en el rostro de Cristo. Del halo que le rodeaba oyó salir una voz que le decía: soy Jesús. La palabra del esplendor refulgente de la gloria divina, la deslumbrante nueva de la gloria de Cristo (*II Cor.* 4, 4) está brillando y reflejándose en todo su sermón: "Porque Dios, que dijo: Brille la luz del seno de las tinieblas, es el que ha hecho brillar la luz en nuestros corazones para que demos a conocer la ciencia de la gloria de Dios en el rostro de Cristo" (*II Cor.* 4, 6; cfr. *I Cor.* 9, 1; 15, 8; *Gál.* 1, 12-16; *Act.* 9, 1-2; 22, 4-5; 26 9-10). El Resucitado tiene un cuerpo espiritualizado, transformado y lleno del Espíritu Santo. De él dice San Pablo que es *pneuma*, espíritu (*II Cor.* 3, 17). San Pablo sintió cómo los rayos de la aparición de Cristo y la majestad de su rostro pueden destruir a los perversos (*II Thes.* 2, 8; 1, 9; cfr. H. Kahlefeld, *Der Herr des Paulus*, en "Akad: Bonifatius-Korr", 51, 1936, 64-65).

4) La luz ofrece una comparación de la transformación que experimentó Cristo. Y sin querer se recuerda el hecho de la Transfiguración, que se manifestó en que su rostro "brilló" como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz (*Mt.* 17, 2). El cuerpo de Cristo se hizo luminoso; quedó transfigurado por la gloria de Dios. Podemos así barruntar algo de lo que sería el cuerpo glorioso de Cristo resucitado. Lo que Grosche nos dice de los cuerpos glorificados de los justos, con mucha más razón puede decirse del cuerpo de Cristo: "En el fenómeno de la luz se nos presenta como una oscura sombra de aquel incomprensible misterio, en el que tiene la redención su acabamiento y plenitud. La luz como fenómeno no significa otra cosa que la materia inerte ha sido privada de su pesadez para la vida y puede alcanzar de este modo ese estado de éxtasis en que se oculta la vida. Mientras el calor de esa vida de la materia sólo se muestra en sus efectos, se hace visible en sí mismo al arder un cuerpo. El cuerpo como tal queda transformado

No desaparece la estructura y limitación del ser corpóreo, sino que en ella y con ella se nos ofrece el cuerpo en una autorrevelación luminosa. La vida (el alma), que tiene su asiento en el cuerpo, ya no está vinculada a él, es libre. Pero no porque deje al cuerpo como algo que no participa de esa libertad, sino porque asume al cuerpo en ese encumbramiento: *vita mutatur, non tollitur*. No es ya el cuerpo lo que envuelve al "alma", que actúa sobre él, atándola y entenebreciéndola, sino que el alma, sustraída al dominio del cuerpo, por estar elevada a la libertad de los hijos de Dios, influye en el cuerpo, espiritualizándole, es decir, glorificándole (tal como describe Dante en el *Paraíso*, XIV). Mirando las cosas desde la perspectiva natural, hay que decir que desde esta vinculación auto-limitadora y estructural no cabe tránsito alguno a una apertura total y definitiva de la vida oculta, sino que tal transformación incluye una modificación de la concepción del ser (Hedwig Conrad-Martius) que se realiza en la muerte y resurrección" (R. Grosche, *Ich glaube an die Auferstehung des Fleisches*, en *Ich glaube*, 3.ª ed. 1937, 16-17).

5) La naturaleza humana de Cristo fué durante su vida terrena revelación de la gloria de Dios y ocultamiento de ella a la vez; y más ocultamiento que revelación; la gloria estaba oculta. *Desde el momento de la Resurrección, la gloria de Dios se reveló en el cuerpo glorioso de Cristo*; podrá verla quien haya recibido de Dios el don de la visión de la gloria divina. La naturaleza humana no podía recibir y revelar la gloria del Verbo divino sin quedar consumida por su ardor, a no ser que el Dios le armara de nuevas fuerzas y le transformara. Podemos decir lo que Pinski dice de la Ascensión: "La naturaleza humana de Jesús, sin perder su carácter material y creado, sin dejar de ser igual al polvo de este mundo del que ha sido formada como toda criatura, experimentó una transformación, que la hace capaz de soportar toda plenitud de la vida de Dios y... revelarla. Si imaginamos una lámpara eléctrica para bajas corrientes conectada con una de alta tensión, podemos barruntar lo que significa la Ascensión del Señor: la naturaleza humana de Jesús, formada sólo para la baja corriente de la vida creada—polvo del polvo de este mundo—es incorporada a aquella corriente de vida eterna que circula entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y, sin embargo, esa naturaleza humana soporta esas energías de vida, mejor dicho, con ellas alcanza su definitivo desarrollo" (Pinski, *Aufgefahren in den Himmel, sitzt er zur rechten*



*Hand Gottes, des allmächtigen Vaters, en Ich glaube*, edit. por R. Grosche, 3.<sup>a</sup> ed., 1937, 16).

6) La transformación del cuerpo es hecha por el *Espíritu Santo*. Para los Padres griegos, el Espíritu Santo es el florecimiento, el aroma, el manantial de la vida divina. Es el acabamiento y plenitud de la obra de Dios. Todo lo que existe es producto de su Persona. Todo ha sido hecho por el Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo. Según los Padres latinos, a partir de San Agustín, el Espíritu Santo es el amor entre el Padre y el Hijo, la revelación y confirmación de su unidad y vinculación amorosa. Siempre que se intente captar su misterio habrá que pensar que es el amor de Dios al mundo. El configuró el cuerpo de Cristo, que no es otra cosa que la mirada de Dios vuelta hacia la tierra. En El se nos abre la inaccesibilidad de Dios y se nos revela la esencia divina. Por medio de Cristo vamos a Dios, pero el Espíritu Santo nos revela el misterio divino a que Cristo nos conduce; El transforma la naturaleza humana de Cristo, creada por El mismo, de tal manera que se convierte en exponente máximo de la gloria de Dios; así, se nos hace accesible y visible; podemos verla en esa naturaleza de Cristo en todo su esplendor desvelado, si tenemos ojos para ello. Siendo el Espíritu Santo amor, necesariamente tiene que imprimir a la naturaleza humana de Cristo, al transformarla, el sello del amor. Y por eso la gloria divina revelada en todo su esplendor brilla como amor en Cristo resucitado. La naturaleza humana de Cristo está configurada y dominada plenamente por el Espíritu Santo: está espiritualizada; por eso se llama al mismo Cristo "pneuma" o espíritu (*II Cor. 3, 17*). Tan sólo aquel a quien Dios ha concedido "ojos" puede ver la gloria divina que brilla en la naturaleza humana de Cristo transformada ya (cfr. *Act. 7, 55-56; 9, 4-5*). Debemos admitir que Cristo tuvo especiales modos de aparecerse, para hacerse visible a sus discípulos; el esplendor divino irrumpía a través de su cuerpo glorificado.

7) Aunque la naturaleza humana de Cristo fuera transformada, no se hizo algo completamente nuevo; *era la antigua transformada*. El cuerpo que sangró en la cruz, que fué envuelto en una sábana, sepultado y guardado por soldados es el mismo que fué glorificado por el Espíritu Santo. Como señal de que sus discípulos no ven un fantasma ni apariciones ilusorias, les deja tocar su cuerpo. Ponen los dedos en las heridas de sus manos y la mano en su costado abierto; Cristo habla y come con ellos. Conocen que

es El en la forma de partir el pan; así lo hizo también la noche de Emmaús y así lo hacía siempre (Lc. 24, 30, 43). Ya le habían visto muchas veces. El Resucitado era el mismo que el Crucificado, pero transformado.

*San Juan Damasceno* dice (*De fide orthodoxa*, lib. 4, cap. 1): “Después de la Resurrección no tuvo dolor ni cansancio, hambre o sed, sueño o pena algunas. Es verdad que comió después de resucitar, pero no sometándose a una ley natural—ya no tenía hambre—, sino conforme a la obra de la Salvación: debía confirmar que su resurrección era verdadera; que era la misma carne que padeció y resucitó.”

g) Cristo resucitó también como *Cabeza de la humanidad*; nada había en El que tuviera significación sólo para El. La Resurrección es también una obra redentora. Pertenece al misterio de la salud (§ 154). Dios hace la Salvación de manera misteriosa en una acción inescrutable de la gracia divina mediante la cruz y la Resurrección.

1) *En la Resurrección se revela qué es propiamente la Redención*: “No nos revela tan sólo la naturaleza de Dios, la nuestra propia, la del pecado, el camino nuevo mostrado a los hijos de Dios y la fuerza que les es otorgada para encaminarse por él y perseverar; no sólo la expiación de nuestras faltas o la superabundancia de amor y de justicia que son su causa y consecuencia, sino algo más grande, o mejor dicho, más real. La Redención consiste en que la potencia creadora de Dios transforma nuestro ser por amor. Es, por tanto, realidad y no tan sólo idea, disposición interior, orientación de vida. La Redención es el segundo punto de partida divino después del primero de la Creación. ¡Y qué punto de partida! Si alguien preguntara: ¿qué es la Redención desde el punto de vista del sujeto agente y del paciente? Diríamos: El Señor resucitado. El mismo, en su nueva existencia, en su humanidad transfigurada, es el mundo rescatado. He aquí por qué se le llama “primogénito de toda criatura”, “el principio”, “primicia” (*Col.* 1, 15 y 18; *I Cor.* 15, 20). La Creación es elevada en El a la existencia eterna de Dios. Y ahora está en el mundo como el principio indestructible. Actúa como una chispa que sigue ardiendo, como una puerta que atrae, como un camino viviente, que invita a ser seguido (*Lc.* 12, 49; *Io.* 10, 7; 14, 6). Todo debe entrar en El, en el Resucitado, para participar de su Transfiguración” (R. Guardini, *El Señor*, volumen 2, 193-94).

2) *La Resurrección de Cristo es introducción y garantía de la nuestra* (Act. 13, 37; I Cor. 15, 21; Phil. 3, 10-11; Io. 11, 25). Según el claro testimonio de la Escritura, el bautizado se hace partícipe de la muerte y Resurrección de Cristo. Por medio del bautismo entra el cristiano en la esfera operativa de Cristo, en el ámbito de su muerte y Resurrección. La Redención se acaba y completa con la resurrección del cuerpo: "En Cristo somos todos vivificados. Pero cada uno a su tiempo: el primero Cristo; luego los de Cristo, cuando El venga" (I Cor. 15, 22-23). Más aún: en cierto sentido, el bautizado ya ha resucitado con Cristo. San Pablo escribe a los colosenses: "En El, asimismo, fuisteis resucitados por la fe en el poder de Dios, que le resucitó de entre los muertos" (Col. 2, 12). "Y nos resucitó en Cristo" (Eph. 2, 6; Rom. 8, 2, 9). Estos textos dan testimonio de que el que cree en Cristo ya ha resucitado con El. Por otra parte, la resurrección se nos describe como un acontecimiento futuro (Rom. 8, 10-11). San Pablo nos dice que el decir que la resurrección se ha hecho ya es palabrería vana y condenable, que carcome como un cáncer (II Tim. 2, 18). ¿Cómo se compaginan estas dos afirmaciones tan distintas? Puede responderse: según San Pablo, en aquel que está unido a Cristo por la fe y el bautismo, hay un germen de vida que logrará pleno desarrollo en la resurrección al fin de los tiempos. El creyente está lleno del Señor resucitado (Gal. 2, 20). Pero la vida que se ha depositado en él permanece oculta hasta la venida de Cristo (Col. 3, 4). Debe caminar con la cruz de este peregrinar terreno. El gran error de Himeneo y Fileto, dos cristianos de la comunidad encargada a Timoteo, fué el no querer saber nada de la seriedad de la cruz soñando con una vida gloriosa en esta vida terrestre. El cristiano ha resucitado porque en él actúan fuerzas de resurrección; pero por ahora vive sólo en la esperanza de la resurrección, porque aun no ha venido a su cuerpo la revelación de la gloria redentora.

3) No sólo el hombre, sino todo el Universo, tiene parte en la Resurrección de Cristo. Por el hombre fué la tierra sometida a caducidad, pero con la Resurrección de Cristo se han puesto en el Universo fuerzas nuevas que le llevarán hasta un cielo nuevo y una tierra nueva, no por crecimiento y evolución natural, sino por la intervención gratuita de Dios (Rom. 8, 9-10).

(Cfr. *Tratados de la Gracia y de los Novísimos.*)